

LUCIO V.
MANSILLA

COLECCIÓN
depar
enpar

De indias, chinas y cautivas



LEOPOLDO
BRIZUELA



Revelación

LUCIO V.
MANSILLA

COLECCIÓN
depar
enpar

De indias, chinas y cautivas



LEOPOLDO
BRIZUELA



Revelación

Mansilla, Lucio Victorio

De indias, chinas y cautivas : revelación / Lucio Victorio Mansilla ; Leopoldo Brizuela. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2026.

72 p. ; 17 x 11 cm. - (De par en par ; 4)

ISBN 978-987-728-221-4

1. Literatura Argentina. I. Brizuela, Leopoldo II. Título
CDD A860

Presidente de la Nación: Javier Milei

Ministra de Capital Humano: Sandra Pettovello

BIBLIOTECA NACIONAL DR. MARIANO MORENO

Directora: Susana Soto

Subdirectora: Elsa Rapetti

Director Nacional de Coordinación Bibliotecológica: Pablo García

Director Nacional de Coordinación Cultural: Guillermo David

Director General de Coordinación Administrativa: Roberto Arno

Jefe del Departamento de Publicaciones: Sebastián Scolnik

Producción y diseño editorial: Departamento de Publicaciones

© 2026, Biblioteca Nacional

Agüero 2502 (C1425EID)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.bn.gob.ar

IMPRESO EN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

De indias, chinas y cautivas	7
Lucio V. Mansilla	
Revelación	33
Leopoldo Brizuela	
Un desierto muy poblado	57
por Jorgelina Núñez	

DE INDIAS, CHINAS Y CAUTIVAS*

Lucio V. Mansilla

(1870)

XXXVI**

La cara era la de Camilo Arias.

Salí del toldo, entré en la enramada, eché una visual hacia el lado por donde me habían llamado la atención y, viendo que aquel se dirigía a mi rancho, haciendo un rodeo, me apresuré a entrar en él.

Entré luego.

Hice salir a los que estaban dentro; al capitán Rivadavia le ordené que estuviera en acecho de los espías que, según su costumbre, debían observar mis movimientos y escuchar mis conversaciones; y a otro

* Fragmentos extraídos de *Una excursión a los indios ranqueles* (N. del E.).

** Esta carta será mejor que no la lean las señoras (N. del A.).

oficial, que con todo disimulo se acercara a Camilo y le dijera que podía entrar.

Mi fiel y adicto compañero de tantas correrías por la frontera no se hizo esperar.

Según mis instrucciones, no se me había acercado desde el día que llegamos a Leubucó.

Algo grave, alarmante o que convenía que yo no ignorase acontecía cuando se me presentaba.

Él no era hombre de alarmarse, ni de faltar a su consigna sin razón. Tenía toda la sangre fría, toda la astucia, toda la experiencia del mundo, que tan prematuramente adquieren nuestros paisanos; son condiciones características en ellos, que la vida errante y azarosa que llevan desarrolla en sumo grado.

Es cosa que pasma verlos desde chiquitos cruzar los campos solos, a toda hora del día y de la noche, en un mancarrón o picando una carreta; alejarse de las casas o de las poblaciones a bolear avestruces, guanacos o gamas, a *peludear* o *quirquinchar*, dormir entre las pajas, desafiar las intemperies, casi desnudos, con el caballo de la rienda, y precaverse contra todas eventualidades, de los indios, de los cuatreros, de los ladrones.

Apenas entró Camilo en el rancho, le pregunté:
—¿Qué hay?

Miró a su alrededor, se cercioró de que no había nadie y, dudando aún del testimonio de sus sentidos, se me acercó al oído y me dijo:

—El indio Blanco ha venido.

—¿Y qué...? —le contesté encogiéndome de hombros.

—Está en una pulpería y dice que si Mariano Rosas ha hecho la paz, él no la ha hecho.

—¿Y quién está con él?

—Varios indios y cristianos.

—¿Y qué dicen?

—Lo mismo que él: que si Mariano Rosas ha hecho la paz, ellos no la han hecho.

—¿Nada más dicen?

—Sí, dicen más; dicen que ya lo veremos.

—¿Y cómo lo has sabido?

—Haciéndome el zonzo, el que no entendía, me allegué a ellos, y como algo entiendo su lengua he comprendido todo.

—Bien, retírate, cuidado esta noche con los caballos.

—No hay cuidado, señor.

Se marchó y me quedé pensando qué haría. Después de un momento de reflexión, resolví decirle a Mariano Rosas lo que ocurría. Llamé al capitán Rivadavia y le ordené que le anunciara mi visita.

Me contestó que podía ir cuando gustase.

Volví a su toldo, despidió a las visitas, y cuando nos quedamos solos le referí el caso.

Por más que quiso disimular, le conocí que la conducta del indio Blanco le irritaba, porque desconocía su autoridad.

—No tenga cuidado, hermano —me dijo—, y mandó a uno de sus hijos que llamara a Camargo.

Mientras este vino, me enteró de algunas costumbres de su tierra.

—Hermano —me dijo, más o menos—; aquí en mi toldo puede entrar a la hora que guste, con confianza, de día o de noche es lo mismo. Está en su casa. Los indios somos gente franca y sencilla, no hacemos ceremonia con los amigos, damos lo que tenemos, y cuando no tenemos pedimos. No sabemos trabajar, porque no nos han enseñado. Si fuéramos como los cristianos, seríamos ricos, pero no somos como ellos y somos pobres. Ya ve cómo vivimos. Yo no he querido aceptar su ofrecimiento de hacerme una casa de ladrillo, no porque desconozca que es mejor vivir bajo un buen techo que como vivo, sino porque, ¿qué dirían los que no tuviesen las mismas comodidades que yo? Que ya no vivía como vivió mi padre, que me había hecho hombre delicado, que soy un flojo.

Era excusado refutar estas razones; me limitaba a escuchar con atención y manifiesto interés.

Siguió hablando y me explicó que entre los indios no existe la prostitución de la mujer soltera. Esta se entrega al hombre de su predilección. El que quiere penetrar en un toldo de noche, se acerca a la cama de la china que le gusta y le habla.

Ni el padre, ni la madre, ni los hermanos le dicen una palabra. No es asunto de ellos, sino de la china. Ella es dueña de su voluntad y de su cuerpo, puede hacer de él lo que quiera. Si cede, no se deshonra, no es criticada, ni mal mirada. Al contrario, es una prueba de que algo vale; de otra manera no la habrían solicitado, o *cancaneado*.

En lengua araucana, el acto de penetrar en un toldo a deshoras de la noche se llama *cancanear*, y *cancán* equivale a seducción.

Los filólogos franceses pueden averiguar si estos vocablos se los han tomado los indios a los galos o estos a los indios.

Yo solo sé decir que es muy curioso que entre indios y franceses *cancanear* y *cancán* respondan a ideas que se relacionan con Cupido y sus tentaciones.

Como se ve, la mujer soltera es libre como los pájaros para los placeres del amor entre los indios.

¿Se creará por esto la licencia es general entre ellos, que los Lovelace abundan y que no hay que fijarse en una china para exclamar después: *fui, vi y vencí*?

La libertad es un correctivo en todo. Como la lanza del guerrero antiguo, ella cura las mismas heridas que hace. Esta verdad es vieja en el mundo.

La libertad trae la licencia, pero la licencia tiene su antídoto en la licencia misma.

En cuanto a la libertad de la mujer, esta observación social ha sido hecha ya no recuerdo por quién.

Las francesas se casan para ser libres; las inglesas para dejar de serlo. ¿Cuáles son los efectos? Que en Francia es mayor el número de mujeres solteras seducidas y en Inglaterra el de casadas.

Y, por regla general, los predestinados del matrimonio son los celosos. ¿Por qué? Porque el pudor es el mayor cancerbero de la mujer.

¿Existe el pudor entre las indias?, se me preguntará quizá mañana por algunos curiosos.

Para ahorrarme contestaciones, anticiparé que en todas partes del mundo, así entre los pueblos civilizados, como entre las tribus salvajes más atrasadas, la mujer tiene el instinto de saber que el pudor aumenta el misterio del amor.

De lo contrario sería cosa de hacerse uno indio mañana mismo, de renunciar a la seguridad de las fronteras y de dejarnos conquistar por los ranqueles.

Al lado de la mujer soltera, la mujer casada es una esclava, entre los indios.

La mujer soltera tiene una gran libertad de acción; sale cuando quiere, va donde quiere, habla con quien quiere, hace lo que quiere.

La mujer casada depende de su marido para todo. Nada puede hacer sin permiso de este.

Por una simple sospecha, por haberla visto hablando con otro hombre, puede matarla.

¡Así son de desgraciadas!

Y tanto más cuanto que, quieran o no, tienen que casarse con quien las pueda comprar.

Hay tres modos de casarse.

El primero es como en todas partes. Con consentimiento de los padres y por amor, con el apéndice de que hay que pagarles a aquellos. En este caso, si después de casada una china, se le escapa al marido y se refugia en casa de sus padres, el tonto que se casó por amor pierde mujer y cuanto por ella dio.

El segundo consiste en rodear el toldo de la china que se quiere acompañado de varios y en arrancarla a viva fuerza, con el beneplácito y ayuda de sus padres. En este otro caso, también hay que pagar; pero más que en el anterior. Si la mujer huye después y se refugia en el toldo paterno, hay que entregarla.

El tercero es parecido al anterior. Se rodea el toldo de la china, con el mayor número de amigos posible, y quiera ella o no, quieran los padres o no, se la

arranca a viva fuerza. Pero en este caso hay que pagar mucho más que en el otro. Si la mujer huye después y se refugia en el toldo paterno, la entregan o no. Si no la entregan los padres, en uso de su derecho, el marido pierde lo que pagó. Y el loco que se casó a la fuerza, por la pena es cuerdo.

No están tan mal dispuestas las cosas entre los indios; el amor y la violencia exponen a iguales riesgos.

Un indio puede casarse con dos o más mujeres; generalmente no tienen más que una, porque casarse es negocio serio, cuesta mucha plata.

Hay que tener muchos amigos que presten las prendas que deben darse en el primer caso, y en el segundo y tercero las prendas y el auxilio de la fuerza.

Solo los caciques y los capitanejos tienen más de una mujer.

La más antigua es la que regentea el toldo; las demás tienen que obedecerle, aunque hay siempre una favorita que se substrahe a su dominio.

Las viudas representan un gran papel entre los indios cuando son hermosas.

Son tan libres como las solteras en un sentido, en otro más, porque nadie puede obligarlas a casarse, ni robarlas.

De manera que las tales viudas, lo mismo entre los indios que entre los cristianos, son las criaturas más felices del mundo.

Con razón hay mujeres que corren el riesgo de casarse a ver si enviudan.

El cacique Epumer está casado con una viuda y no tiene más que una mujer.

Yo la encontré muy hermosa* e interesante, y en una visita que la hice me recibió con suma amabilidad y gracia.

Es una india cuyo porte y aseo sorprenden.

¡Viuda había de ser la que lograra dominar a un hombre como Epumer, bravío, impetuoso, tremendo!

Terminaba Mariano Rosas sus lecciones ranque-linas, cuando llegó su hijo con Camargo.

—Teniente —le dijo—, vaya y dígle a Epumer que he sabido que Blanco ha llegado y que anda hablando lo que no debe; que lo cite para la junta que debe haber, y que si no calla ya sabe.

Este *ya sabe* quería decir que lo matasen si era necesario, si no obedecía.

Camargo obedeció y salió, volviendo al rato con la contestación de Epumer.

* Con permiso de los que pretenden que los gustos se pueden discutir (N. del A.).

Decía este que ya había sabido lo que andaba hablando Blanco y que le había hecho decir que se moderase.

Oyendo esto, Mariano me dijo:

—Ya ve, hermano, cómo no hay cuidado. No haga caso de ese indio. Yo he de hacer que se some-ta, y de no, que se vaya. Cuando oyó decir que nos iban a invadir, dejó el Cuero y sin mi permiso se fue para Chile con cuanto tenía. Y ahora que sabe que estamos en paz, que no hay temor de que nos invadan, vuelve. Ese es amigo para los buenos tiempos. No ha de hacer nada, es pura boca.

Camargo confirmó todo cuanto dijo Mariano y agregó algunas observaciones muy de gaucho, como por ejemplo: yo sé dónde ese indio pícaro tiene la vida.

En estas pláticas estábamos y la hora de comer se acercaba, cuando entrando el capitán Rivadavia, me dijo que me esperaban con la comida pronta.

Saqué el reloj, y haciéndoselo ver a Mariano, dije: las cuatro.

El indio lo miró, como dándome a entender que estaba familiarizado con el objeto, y me dijo:

—Muy bueno, yo tengo uno de plata. Pero no lo uso. Aquí no hay necesidad.

—Es verdad —le contesté.

Y él repuso:

—Vaya no más, hermano, a comer, ya es un poco tarde.

Salí, pues, nuevamente del toldo, comí, y al entrarse el sol, volví a la enramada.

Mariano estaba sentado con unos cuantos indios, medio *achumado* como ellos.

Me ofrecieron asiento, lo acepté.

Bebían aguardiente.

Me hicieron un *yapaí*, acepté.

Me hicieron otro, acepté.

Me hicieron otro, acepté.

Felizmente para mis entrañas, la copa en que echaban el aguardiente era un cuerno muy pequeñito, y la botella de aguardiente estaba ya por acabarse en los momentos que llegué.

Mariano se había quedado meditabundo con la vista fija en el suelo. Los otros indios se iban durmiendo.

Yo me engolfaba no sé en qué pensamientos, cuando un hombre de mi séquito se presentó manteniendo el equilibrio con dificultad y teniendo un cuchillo en una mano y una botella de aguardiente en la otra.

Al verle, la cólera paralizó la circulación de mi sangre.

—¡Retírate, Rufino! —le grité.

No me obedeció y siguió avanzando.

—¡Retírate! —volví a gritarle con más fuerza.

No me obedeció tampoco y siguió avanzando, y ofreciéndole la botella a Mariano Rosas, le dijo:

—Tome, mi General.

Mariano la tomó.

Se la quitó. Aquel momento era decisivo para mí. Si me dejaba faltar al respeto por uno de mis mismos soldados era hombre perdido.

Y quitándosela, eché mano al puñal y gritándole al gaucho: ¡retírate!, con más fuerza que antes, me abalancé sobre él, saltando por sobre varios indios.

Rufino obedeció recién y huyó. Volví sobre mis pasos y me senté agitadoísimo: la bilis me ahogaba.

Mariano, que no se había movido de su sitio, me dijo con estudiada calma y siniestra expresión:

—Aquí somos todos iguales, hermano.

—No, hermano —le contesté—. Usted será igual a sus indios. Yo no soy igual a mis soldados. Ese pícaro me ha faltado al respeto, viniendo ebrio a donde yo estoy y negándose a obedecerme a la primera intimación de que se retirara. Aquí más que en ninguna parte me deben respetar los míos.

El indio frunció el ceño, tomando su fisonomía una expresión en la que me pareció leer: este hombre es audaz.

Yo no calculé el efecto, aunque comprendí que si me dejaba dominar por el borracho me desprestigiaba a los ojos de aquel bárbaro.

Nos quedamos en silencio un largo rato.

Ni él ni yo queríamos hablar.

Él murmuró de nuevo: “Aquí todos somos iguales”.

Mi contestación fue, viendo que Rufino armaba un alboroto en el fogón de mis asistentes, gritar, fingiéndome furioso, porque había recobrado la serenidad:

—Pónganle una mordaza.

El indio arrugó más la frente. Yo hice lo mismo y permanecimos mudos.

Miguelito nos sacó del abismo de nuestras reflexiones.

Venía a interceder por Rufino, ofreciéndome cuidarle él mismo.

Me pareció oportuno ceder.

—Llévalo —le dije—. Pero ¡cuidado!

Rufino oyó y contestó: no hay cuidado, mi Coronel, y comenzó a dar vivas al coronel Mansilla.

Le hice señas con el dedo de que callara; obedeció.

Un momento después oíase en un toldo vecino, en el que había una pulpería, su voz tonante.

Mariano me dijo:

—Están alegres los mozos.

—Sí —le contesté secamente, y dándole las buenas tardes, le dejé solo.

La noche se acercaba, lo mandé traer a Rufino y le hice acostar a dormir.

Rufino tiene una historia.

Es un tipo de gaucho malo.

XLI

Mi comadre Carmen vivía en Carrilobo, cerca del toldo de Villarreal, el casado con su hermana, y había venido a visitarme trayéndome mi ahijada.

Escuchándola pasamos un rato muy entretenido. Habla con facilidad el castellano y posee bastante caudal de expresiones para manifestar sus sentimientos e ideas y hacerse entender.

Sobre las creencias de los indios me dio las siguientes nociones: no se congregan jamás para adorar a Dios: le adoran a solas, ocultándose en los bosques.

No es ni el sol, ni la luna, ni las estrellas, ni la universalidad de los seres vivientes.

Por manera que no son idólatras, ni panteístas.

Son uniteístas y antropomorfistas.

Dios —*Cuchauentrú*, el Hombre grande, o *Chachao*, el Padre de todos— tiene la forma humana y está en todas partes; es invisible e indivisible; es inmensamente bueno y hay que quererle.

A quien hay que temerle es al diablo, *Gualicho*.

Este caballero, a quien nosotros pintamos con cola y cuernos, desnudo y echando fuego por la boca, no tiene para ellos forma alguna. *Gualicho* es indivisible e invisible, y está en todas partes, lo mismo que *Cuchauentrú*. Pero mientras el uno no piensa en hacerle mal a nadie, el otro anda siempre pensando en el mal del prójimo.

Gualicho ocasiona los malones desgraciados, las invasiones de cristianos, las enfermedades y la muerte, todas las pestes y calamidades que afligen a la humanidad.

Gualicho está en la laguna cuyas aguas son malas, en la fruta y en la yerba venenosa; en la punta de la lanza que mata; en el cañón de la pistola que intimida; en las tinieblas de la noche pavorosa; en el reloj que indica las horas, en la aguja de marear que marca el norte; en una palabra, en todo lo que es incomprensible y misterioso.

Con *Gualicho* hay que andar bien; *Gualicho* se mete en todo: en el vientre y da dolores de barriga; en la cabeza y la hace doler; en las piernas y produce la parálisis; en los ojos y deja ciego; en los oídos y deja sordo; en la lengua y hace enmudecer.

Gualicho es en extremo ambicioso. Conviene hacerle el gusto en todo. Es menester sacrificar de tiempo en tiempo yeguas, caballos, vacas, cabras y ovejas;

por lo menos una vez cada año, una vez cada doce lunas, que es como los indios computan el tiempo.

Gualicho es muy enemigo de las viejas, sobre todo de las viejas feas: se les introduce quién sabe por dónde y en dónde y las maleficia.

¡Ay de aquella que está engualichada!

La matan.

Es la manera de conjurar el espíritu maligno.

Las pobres viejas sufren extraordinariamente por esta causa.

Cuando no están sentenciadas, andan por sentenciarlas.

Basta que en el toldo donde vive una suceda algo, que se enferme un indio, o se muera un caballo, la vieja tiene la culpa; le ha hecho daño; *Gualicho* no se irá de la casa hasta que la infeliz no muera.

Estos sacrificios no se hacen públicamente, ni con ceremonias. El indio que tiene dominio sobre la vieja la inmola a la sordina.

En cuanto a los muertos, tienen por ellos el más profundo respeto. Una sepultura es lo más sagrado. No hay herejía comparable al hecho de desenterrar un cadáver.

Como los hindúes, los egipcios y los pitagóricos creen en la metempsicosis, que el alma abandona la carne después de la muerte, transmigrando en un

tiempo más o menos largo a otros países y dándole vida a otros cuerpos racionales o irracionales.

Los ricos resucitan generalmente al sur del río Negro, y de allí han de volver, aunque no hay memoria de que hasta ahora haya vuelto ninguno.

Por esta razón los entierran junto con el caballo y las prendas de plata más valiosas que tuvieron; y alrededor de la sepultura les sacrifican caballos, vacas, yeguas, cabras y ovejas, según la riqueza que dejan, o la que poseen sus deudos.

El caballo y las prendas enterradas son para que tengan en qué andar en la tierra esa, donde deben resucitar; los demás animales son para que tenga qué comer durante el viaje de ida y vuelta.

Las mujeres también resucitan, no se crea que no.

Pretenden algunos que han vivido mucho tiempo entre los indios que, a consecuencia de estas costumbres, debe haber mucha plata labrada enterrada en el Desierto. Por mi parte, creo que los cristianos, que ni le tienen tanto miedo a *Gualicho*, ni son pitagóricos, se han encargado de desenterrarla.

Lo cierto es que, según las noticias que mi comadre me daba, las honras fúnebres no se hacen ahora con tanta pompa como antes.

Queriendo explicar el porqué del hecho, decía: “Yo no sé si será porque los cristianos han solido registrar las sepulturas o porque ahora la plata vale más”.

Yo me inclino a creer que las dos causas combinadas van haciendo que los entierros sean menos lujosos.

En efecto, los indios tienen ahora muchas necesidades, les gusta mucho beber, tomar mate dulce, fumar, vestirse con ropa fina; y fácilmente se comprende que muriendo un deudo querido honren su memoria con sacrificios de caballos, vacas, yeguas, cabras y ovejas y que la plata se la guarden.

Mi comadre aseguró que, mientras no hubo cristianos entre los indios, no hubo ejemplo de que se violaran las tumbas sagradas.

¿Será cierto que la civilización es corruptora?

A pesar de lo dicho, los indios no son sanguinarios ni feroces; prueba de ello es que jamás sacrifican a los manes de sus muertos víctimas humanas.

Matan a las viejas, es cierto; pero lo hacen porque las creen poseídas de Satanás. Y, al fin del cuento, no es tanto lo que se pierde, dirán algunos.

Hablando seriamente, hay una verdad desconsoladora que consignar, que ciertos cristianos refugiados entre los indios son peores que ellos.

Conozco uno que queriendo sobresalir por su ferocidad, tuvo la barbarie de hacer un sacrificio humano en holocausto a un miembro de su familia.

Referiré el hecho.

Bargas es un bandido cordobés, vive en Tierra Adentro, no sé por qué crímenes, está casado con varias mujeres y su vida es la de un indio, por no decir peor.

Murió uno de sus hijos. Pues bien, este malvado, fingiendo que participaba de la preocupación vulgar, de la creencia que hace enterrar al muerto con su caballo de predilección, para que en la tierra donde resucite tenga en qué andar, le inmoló a su hijo un cautivito de 8 años, enterrándolo vivo con él; para que tuviese quien le sirviera de peón.

Por lo que dejo relatado, se ve que los cautivos son considerados entre los indios como cosas.

Calcúlese cuál será su condición.

La más triste y desgraciada.

Lo mismo es el adulto que el adolescente, el niño que la niña, el blanco que el negro; todos son iguales los primeros tiempos, hasta que inspirando confianza plena se hacen querer.

Con rarísimas excepciones, los primeros tiempos que pasan entre los bárbaros son una verdadera *vía crucis* de mortificaciones y dolores.

Deben lavar, cocinar, cortar leña en el bosque con las manos, hacer corrales, domar los potros, cuidar los ganados y servir de instrumento para los placeres brutales de la concupiscencia.

¡Ay de los que se resisten!

Los matan a azotes o a balazos.

La humildad y la resignación es el único recurso que les queda.

Y, sin embargo, yo he conocido mujeres heroicas que se negaron a dejarse envilecer, cuyo cuerpo prefirió el martirio a entregarse de buena voluntad.

A una de ellas la habían cubierto de cicatrices; pero no había cedido a los furores eróticos de su señor.

Esta pobre me decía, contándome su vida con un candor angelical: “Había jurado no entregarme sino a un indio que me gustara y no encontraba ninguno”.

Era de San Luis, tengo su nombre apuntado en el Río Cuarto. No lo recuerdo ahora. La pobre no está ya entre los indios. Tuve la fortuna de rescatarla y la mandé a su tierra.

En aquellos mundos de barbarie pasan dramas terribles.

Cuanto más cautivas hay en un toldo, más frecuentes son las escenas que despiertan y desencadenan las pasiones, que empequeñecen y degradan a la humanidad.

Las cautivas nuevas, viejas o jóvenes, feas o bonitas, tienen que sufrir no solo las asechanzas de los indios, sino, lo que es peor aún, el odio y las intrigas de las cautivas que les han precedido, el odio y las intrigas de las mujeres del dueño de casa, el odio y las intrigas de las chinas sirvientas y agregadas.

Los celos y la envidia, todo cuanto hiela y enardece el corazón a la vez se conjura contra las desgraciadas.

Mientras dura el temor de que la recién llegada conquiste el amor o el favor del indio, la persecución no cesa.

Las mujeres son siempre implacables con las mujeres.

Frecuentemente sucede que los indios, condo-liéndose de las cautivas nuevas, las protegen contra las antiguas y las chinas. Pero esto no se hace sin empeorar su situación, a no ser que las tomen por concubinas.

Una cautiva a quien yo le averiguaba su vida, preguntándole cómo le iba, me contestó:

—Antes, cuando el indio me quería, me iba muy mal, porque las demás mujeres y las chinas me mortificaban mucho, en el monte me agarraban entre todas y me pegaban. Ahora que ya el indio no me quiere, me va muy bien, todas son muy amigas mías.

Estas palabras sencillas resumen toda la existencia de una cautiva.

Agregaré que cuando el indio se cansa, o tiene necesidad, o se le antoja, la vende o la regala a quien quiere.

Sucediendo esto, la cautiva entra en un nuevo período de sufrimientos hasta que el tiempo o la muerte ponen término a sus males.

Poco antes de salir de Leubucó, conocí por casualidad un cristiano que hacía diligencias por comprarle a un indio una cautiva, nada más que por hacerle a esta un servicio, por humanidad.

La desdichada decía:

—El indio es muy bueno y me venderá si no me han de llevar a otra parte. Pero las chinas son malazas.

A propósito de llevar a otra parte, esto requiere una explicación.

Hay dos modos de vender: el uno consiste en cambiar simplemente de dueño, el otro en la redención. El último es el más caro.

Ya comprenderás, Santiago amigo, que todo lo que dejo dicho en esta carta no me lo contó mi comadre Carmen. Una parte se lo debo a ella, el resto a otros y a mis propias observaciones.

Lo que sigue, sí, se lo debo a ella exclusivamente.

La noche estaba templada y clara, incitaba a conversar y se podía leer sin más luz que las estrellas.

Aprovechándola tomé una lección de lengua araucana.

Entonces vine a saber recién lo que querían decir ciertas palabras, cuyo significado buscaba hacía tiempo, como indios *picunches*, *puelches* y *pehuenches*.

Che es un vocablo que significa, según el lugar que tiene en la dicción, *yo*, *hombre* o *habitante*.

Los cuatro vientos cardinales se denominan: norte, *puel*; sur, *cuerró*; este, *picó*; oeste, *muluto*.

Así pues, *Picunche* quiere decir habitante del este, que es como se denominan los indios que viven en cierta parte de la misma cordillera; *Puelche*, habitante del norte; *Pehuenche*, siguiendo la misma regla, significa habitante de los pinos, que es como se denominan los indios que viven entre los pinares que crecen colosales en los valles de la falda occidental de la Cordillera de los Andes.

Para dar una idea de la eufonía de esta lengua, que se asimila, alterándolas ligeramente, todas las palabras de otras, verbigracia, llamándole *waca* a la vaca, y *cauallo* al caballo, enumeraré algunas palabras que me enseñó mi comadre, y que copio de mi vademécum.*

Yo: *enché*, tú o vos: *eimí*, nosotros: *inchin*, vieja: *cucé*, joven: *elchá*, linda: *comê*, fea: *uedá*, madre: *nuqué*, hijo de padre: *bótom*, hijo de madre: *piñem*, grande: *uchaima*, chico: *pichicai*, mucho: *entren*, poco: *pichin*, blanco: *lieu*, negro: *currü*, cielo: *ueno*, sol: *anti*, luna: *quién*, tierra: *truquen*, mujer: *curre*, hombre: *uentru*, sí: *maí*, así es: *pipi* (modismo muy usual), no: *mië*, agua: *có*, fuego: *quitral*, viento: *cürruf*, frío: *utré*, calor del sol: *comote anti*, calor

* Las palabras que tienen acento circunflejo son nasales y las que tienen diéresis, guturales (N. del A.).

sin sol: *comote arreün*, pronto: *matu*, despacio: *ñochi*, sueño: *umau*, amigo: *weni*, hermano: *peñi*, pasto: *cachu*, ceniza: *entruequen*, sal: *chadi* (de aquí, río Salado se dice *chadileubú*), monte: *mamil*, árbol: *quiñemamil* (*quiñe* quiere decir uno), cara: *angé*, ojos: *ñé*, boca: *ün*, orejas: *pilun*, nariz: *iu*, mano: *cui*, brazo: *lipan*, barba: *payun*, pecho: *rucú*, piernas: *chaam*, pies: *mamon*, dedo: *changil*, frente: *tol*, pelo: *loncó* (de aquí *loncotear*, tirarse del pelo), pescuezo: *pel*, cortar: *catril*, bailar: *pürrun*, morir: *lai*, se murió: *lai pi*, risa: *aien*, rabia: *yarquen*.

Poco más sé de la lengua araucana, no porque no haya tenido tiempo de profundizar mis estudios, sino por las dificultades con que tropezaba a cada paso cuando hacia una pregunta para aclarar alguna duda.

No se puede saber nada respecto a la conjugación de los verbos.

Lo mismo digo de los géneros.

Por ejemplo, vieja es *cucé*, viejo, *butá*, y sin embargo, en ciertos adjetivos, como *overo*, la terminación es la que indica el género.

La lengua es muy elíptica. Así, por ejemplo, yegua oyerá manca se dice: *overa manca*, simplemente, y caballo overo manco, *overo manco*. En los dos casos se suprime el sustantivo, porque los adjetivos, *overa manca* u *overo manco* no pueden calificar sino un caballo o una yegua, y deben sobreentenderse.

Para que comprendas las dificultades con que tenía que luchar para salvar ciertas dudas, bastará repetir lo que decía mi comadre cuando la apuraba demasiado: “Yo no sé bien la lengua, se necesita vivir mucho para aprenderla; aquí no cualquiera la sabe”.

Terminada la lección de araucano, le pedí a mi maestra que —aunque tenía hijos no era casada ni viuda— me contara su vida; y como la cosa más sencilla del mundo nos refirió sus aventuras con cierto mancebo padre de mi ahijada.

Es una página verde que en cualquier parte pasaría por una seducción. Entre los indios es un accidente de la vida que no significa nada.

La especie humana está sujeta a la ley de la reproducción. Nada de extraño tiene que siendo mujer libre se entregue a quien le place, y que de la noche a la mañana resulte con hijos.

No es más que una dificultad para casarse; porque generalmente nadie quiere cargar con hijos ajenos, aun cuando provengan de matrimonio legítimo.

Para concluir esta, y a propósito de mujeres que resultan con hijos de la noche a la mañana, ¡qué curiosa es la farmacopea de los indios!

Toda ella se reduce a yerbas astringentes y purgantes, y agua fría.

Lo último es un remedio por excelencia.

¿Pare una china? Pues en el acto, ella y el fruto de sus entrañas se meten en una laguna, sea invierno o verano.

Una palabra más, antes de que me retire del fogón en que estoy, y me meta en la cama.

Es una observación ajena que puede interesarle al mundo médico.

Mi condiscípulo el Dr. Jorge Macías, que ha pasado dos años entre los ranqueles, y que entre ellos estaría a no ser por mí, pretende que allí no hay tísicos, y lo atribuye al alimento de la carne de yegua.

Si la observación fuese exacta y la causa la consignada, de hoy en adelante podríamos exclamar: no más tísicos.

No me atrevo a decir si la cosa merece la pena de ser averiguada, aunque recuerdo que no hace mucho tiempo más de un galeno se reía cuando las curanderas recetaban *buche de avestruz*.

REVELACIÓN*

Leopoldo Brizuela

(2002)

A Martín

Ella va. Toda es oídos.

ESTEBAN ECHEVERRÍA, *La cautiva*

El papel aún está en blanco. Pero poco a poco, en la penumbra roja del laboratorio fotográfico, bajo el líquido revelador que hago ondular zarandeando la cubeta como un buscador de oro su tamiz, veo aparecer la imagen que anunció el archivo: *Campamento del cacique Manuel Namuncurá, semanas después de su rendición. Circa 1886.*

Las tolдерías. El desierto liso, sin rasgos, sin sorpresas. El viento en las nubes alargadas, en el humo inclinado de una hoguera y en la bandera argentina,

* Incluido en el volumen *Los que llegamos más lejos* (Buenos Aires, Alfaguara, 2002).

único indicio de que esta ciudad de cuero y caña que los indios levantan, desde hace siglos, cada día un poco más allá, ha sido convertida en una cárcel peregrina. Casi ninguna presencia humana. Solo la sombra del fotógrafo, alargada por la luz rastrera del amanecer, adentrándose en lo que veo, una sombra que podría ser la mía excepto por el sombrerito de explorador. Y sentada delante de uno de los toldos, de pronto, una mujer. Es de la familia de Namuncurá: lo dicen, más que ninguna otra cosa, el pecho henchido, la frente alzada, como si aún sostuviera el pectoral, y la tiara de plata que, decomisados el mismo día de la derrota, viajarán ya camino a Buenos Aires.

Hace un siglo, el tiempo que exigía una toma fotográfica era más extenso que cualquier paciencia. La nitidez con que van revelándose los rasgos de esta india, como cincelados en roca de la cordillera, solo puede deberse a una larga inmovilidad. Pero nada indica que esté *posando* para el fotógrafo.

Sus ojos, que no brillan sino por lo que reflejan, carecen de mirada. Las aletas de la nariz, las manos crispadas en las rodillas, denotan la misma extenuante atención con que, poco tiempo antes de un temblor de tierra, el paisaje *espera*. Cualquier tiempo pasado así es la misma eternidad, porque es la eternidad lo que se percibe.

Y, sin embargo, los araucanos de las pampas se replegaban resueltamente ante ese monstruo híbrido de cinco patas y larga trompa que era por entonces una cámara, dador de una muerte a la que no sigue vida alguna; y si, como los condenados al llegar a una prisión, los indios eran obligados a comparecer ante el pelotón de los fotógrafos, ellos que solían fulminar con los ojos a sus enemigos ahora apartaban cautamente la vista, porque en la mirada está el alma, cimentando en el público de las ciudades una falsa fama de timidez o cobardía. La franqueza del rostro de esta india, enfrentado directamente a quien la mira, solo puede deberse a una razón: es ciega, y está *mirando lo que oye*. Quien no escucha no sabe ver, dice una canción araucana. Y yo, desandando el camino, miro la foto hasta que logro oír lo que ella escucha.

Más chirriante que el aullido del viento, más perentorio que el golpeteo de los toldos, más perturbador que los quejidos y los cuchicheos de la tribu y el husmear de algún perro entre platos y ollas de latón, oigo el canto de otra mujer. La mujer, que no aparece en la foto, canta con una voz maquinal, raída por el uso como la voz de los locos que monologan para ahuyentar la soledad; pero no es una canción araucana sino una canción de cuna cuya letra descifro apelando a mi propia memoria: yo mismo la

aprendí de mi madre que la aprendió de mi abuela que la aprendió de su madre que la aprendió de su abuela. Cuando una mujer canta en la ciudad, convoca ese linaje secreto que nadie adivinaría. *Señora Santa Ana, ¿por qué llora el niño? Por una manzana que se le ha perdido.* Cuando canta en el desierto, se deja atravesar por la emoción de quienes la rodean. La soledad del desierto, el miedo de los indios a los blancos, el miedo de las cautivas a los indios, y un odio, un odio casi insensato, todo eso canta por su voz. Todo, menos el chico que ahora mece seguramente entre sus brazos. El silencio de ese niño expuesto a tanta intemperie me recuerda mi propio abandono de hijo cuya madre envejece en la ciudad. Entonces reparo en que debo cambiar la foto de cubeta; tomo el papel con las pinzas (tengo la aprensión disfrazada de asepsia con que operan ciertos médicos) y lo hundo ahora en el líquido que detiene la revelación. Tanteo el espacio de lo oscuro, ubico una silla enclenque y me derrumbo, resignadamente, a esperar.

El efecto de todo un día de trabajo revelando placas —y llevo diez, ajeno a la rueda de las noches y los días que gira en torno de mi casa, porque me han dado solo un mes para sacar a luz el archivo polvoriento del Museo de La Plata— se parece a la maldición que, según los araucanos, acarrea mirar

un eclipse: interponiéndose entre ti y todo lo que veas, llevarás tatuada la imagen del sol y de la luna en su cópula prohibida, y toda tu vida se alterará. Ahora, en la noche de mis párpados, yo sigo viendo la foto. La única diferencia es que el movimiento continuo de los líquidos con que trabajo y las voces que he llegado a oír dotan a esta imagen, también, de animación. Veo de nuevo a la india quieta, sentada frente al toldo, escucho como ella el canto de la cautiva blanca, pero tan pronto se oyen pasos apurados que se acercan, la india vuelve violentamente la cabeza y, como si solo entonces recordara que no puede ver, con un esfuerzo casi doloroso se pone en pie y, apoyada en un bastón, espera. “¿Sos vos?”, grita en medio de un silencio que nadie más se atrevería a romper, y en una lengua que nunca recordé y ahora sé que he aprendido. “¿Namuncurá?”. Aparece en cambio un indio joven, el torso desnudo, las botas de potro y las bombachas que le ha obligado a usar, seguramente, el ejército nacional: tiene la apostura de un centinela, pero también la dolorida urgencia del soldado derrotado que vigila solo para evitar que sean los enemigos quienes impongan el control. Su autoridad es el resultado de una negociación. La autoridad de la india, en cambio, es el fruto de una antiquísima sabiduría, capaz

de reconocer en el otro a un subalterno apenas por el ruido alarmado de sus pasos.

“¡Muchacho!”, dice temblando de furia, señalando con su bastón hacia el toldo pequeño de donde proviene la voz de la cautiva. “¿La oye? ¡Ha estado así toda la noche, zumbando sobre su cría, sin parar!”. El muchacho no le responde, parece excedido, aterrorizado por sus gritos, y da unos pasos hacia atrás, como intentando huir. “¡Muchacho!”, lo reconviene. “¿No va ha hacer nada *tampoco usted?*”. Al fin, el muchacho murmura: “No, señora”, y agrega: “Es la ley”.

Entre los araucanos de las pampas, una ley prescribe que durante los primeros meses de la vida del niño la madre sea aislada del resto de la tribu en un toldito cerrado y que sea allí favorecida por la suposición de inexistencia. Durante ese período, y hasta mucho tiempo después, la madre habla al niño en una lengua distinta, que el resto de la tribu finge haber olvidado y frecuentemente olvida a fuerza de fingir: esta lengua es para los indios nómades lo más parecido a nuestra sedentaria noción de patria. Que la cautiva blanca cante ahora para su niño, y que lo haga en una lengua diferente, no quebranta en absoluto esa ley, y nadie se atrevería a decir que la oye. Entonces, ¿de qué ley hablan?

“¿La ley?”, replica la india indignada, como quien dice: “Pero es su ley contra la mía”. Y grita:

—¡Pero yo estoy desde antes...!

Alguien, quizás un milico que vigila los límites del campamento, hace sonar un silbato como para advertir que el escándalo debe cesar, y el muchacho aterrado se acerca a la india e intenta sentarla de un empujón. “Como quiera, cálese”, le grita, imitando la entonación de los vencedores; y aunque no consiga voltearla, sigue camino y agrega: “¿O quiere que la vuelvan a castigar?”. La india, enfurecida, blande amenazante su bastón (“a mí, m’hijito, nadie me ha castigado”) hasta que al fin comprende que el muchacho ya está demasiado lejos y, como para liberarse de la furia de ser ciega —porque hace poco que es ciega, lo sé, y cada cosa que no ve la hiere como una nueva afrenta—, se pone a caminar frenéticamente por delante de los toldos, con un renguear extraño, desarticulado, como si no tuviera pies. La voz de la cautiva se levanta, casi alegre, casi cínica, y la india se lleva las manos a los oídos, intentando librarse de esa tortura. *Levantate Juana y encendé la vela y andá a ver quién anda por la cabecera.* El dolor del niño que escucha indefenso entre sus brazos, mucho más que el tormento de la india, me recuerda mi propia angustia de hijo cuya madre se muere en la ciudad.

Abro los ojos a la oscuridad del laboratorio fotográfico, veo el reloj que fosforece débilmente en la penumbra, una esfera minúscula y casi ridícula la inmensidad sin tiempo de lo imaginario. Faltan cinco minutos para que termine la revelación: vuelvo a tomar con pinzas el papel, lo hundo en la última cubeta tal como mi madre, en la ciudad, hunde sus últimos vestidos en el agua del fuentón. El recuerdo de sus manos artríticas, torturadas por el frío de este agosto, me devuelve a la imagen del cuerpo agitado de la ciega. Siento que al menos el sufrimiento de una mujer ya muerta, encerrado en el marco de una fotografía, es algo que podré entender. Y, en efecto, ese renguear ansioso de la india, su andar sin rumbo en la espera de que una nueva comitiva venga a castigar lo que no pudo reprimir el centinela, son las palabras que prosiguen contándome esta historia.

* * *

Entre los araucanos de las pampas, me digo, hay solo dos causas posibles para esa deformación de las piernas que se curvan tortuosamente hacia afuera, como los flejes de un tonel, y esas causas son opuestas. En los varones, es la marca de años y años pasados a caballo, de la temible simbiosis que los vuelve, en la

batalla, poderosos como centauros, híbridos como cámaras fotográficas. En las mujeres, en cambio, es la consecuencia de una mutilación que se inflige a las cautivas pocos minutos después de su secuestro: para impedir que escapen, el hombre que las ha elegido les descarna la planta de los pies, y ellas, o bien se sumen en una melancolía terminal, o bien aprenden a caminar de este modo inconfundible, como si a la vez fueran extremadamente torpes y estuvieran a punto de despegarse de la tierra. Esta ciega, me digo, debe de ser también una cautiva, y sin duda mujer de Namuncurá, porque solo ese lazo admite a una cautiva en los toldos del cacique. Una esposa tan antigua, además, como para haber llegado a adquirir, pese a la invalidez, tanta destreza. Pero ¿cuál es aquella ley anterior que ella invoca? ¿Un privilegio de primera esposa, equiparable al escalafón de antigüedad que rige entre los militares? ¿La ley de ese otro pueblo indio al que pertenecía, seguramente vencido por la tribu de Namuncurá?

Por fin se oyen los pasos enérgicos de una comitiva, las voces bajas y perentorias con que, por la noche, los jefes se acercan a calmar los últimos motines. La india se planta frente al toldo, laboriosamente rígida como la tropa a la que un jefe ha de pasar revista, y como tomando fuerzas para cumplir con su papel. Y

todo a su alrededor, por entre las aberturas que quedan entre las irregularidades del cuero del toldo, aparecen las cabezas temerosas de una docena de mujeres, de viejas, de jóvenes, de casi niñas. Ninguna tiene la petulancia de la ciega, y no obstante, así como todo silencio se define por los ruidos que lo enmarcan, es claro que esta mujer *las representa*. Ahora sé que este es el toldo de las esposas, y que quien se aproxima es el mismo cacique Namuncurá.

De pronto, la cautiva blanca canta aún más alto, como para competir con las indias en la atención de su amo, *María lavaba, San José tendía, y el Niño lloraba del frío que hacía*, y los rostros de las mujeres se crispan en la misma mueca de rebelión. En los cuentos que cuentan los blancos, en los que formarán nuestra memoria se habla profusamente sobre el desprecio suscitado por las cautivas blancas en las esposas indias, que pronto hacían del gineceo una cámara de tortura, y la explicación, invariablemente, son los celos. Pero estas mujeres que veo ahora, de físicos modelados por el propio trabajo, madres, tejedoras, hechiceras y, además, capaces de guerrear y de matar igual que sus esposos y sus hijos, ¿qué podrían envidiar a la mujer del enemigo? ¿Qué de una belleza blanca que, como la luna, solo brilla por lo que refleja? ¿Qué de una educación que las deja

mucho más a expensas de sus dueños? Las huincas, pensarán las indias, son billetes. Y entonces, ¿por qué les molesta que una mujer cante? Violentemente, los dos escuderos de Namuncurá entran en el cuadro de la fotografía y se parapetan uno a cada lado de la india; ella yergue aún más la cabeza, como si se dispusiera a recibir el castigo con una dignidad de desafío. Y entonces dos voces de varón se aproximan, hablando en un castellano que todavía yo no puedo entender.

—¡Señor! —grita la ciega, adelantándose a la llegada del cacique, con la misma elocuencia con que habló al chico, solo que asordinada de solemnidad. Y, despavoridas como gorriones que acabaran de oír un trueno, las mujeres se escabullen hacia adentro del toldo. No soportarían enfrentar, ni por una hermana, el célebre poder de su señor.

Esto es todo lo que sé de él: dentro de quince años, cuando su último hijo sea llevado al Vaticano por la congregación salesiana como prueba irrefutable de su labor evangelizadora, alguien lo presentará así ante el Papa: *Es el hijo santo de Namuncurá, rey de un desierto grande como Italia y Francia, exterminador de ejércitos cristianos, torturador de colonos*. Sin embargo, cuando ahora veo entrar a Namuncurá en los marcos de la foto, no es más que un viejo diminuto, enfundado a duras penas en el uniforme de coronel

del Ejército argentino que exigió, junto con una cuantiosa indemnización y la posibilidad de elegir el terreno donde habitarán los pocos sobrevivientes de su tribu, como condición para rendirse. La altivez de su rostro, que tanta crónica militar compara con el demonio, esos “ojos de tigre” que le ganaban el terror de la soldadesca enemiga, han dejado paso ahora a una mirada enramada por el dolor, y por el hartazgo del dolor, y a unos movimientos violentos pero indecisos como los de un pájaro recién enjaulado, igual de vacilantes que el español en que habla, prescindiendo por primera vez de un lenguaraz. Quien viene a su lado, vistiendo un uniforme casi idéntico, es el general Lorenzo Vintter, al que un vago malestar, muy probablemente físico, lo hace distraerse a cada rato de su acompañante, como si quisiera quedarse a solas con su úlcera. Después de oír tanto tiempo el araucano, este idioma de los jefes, que yo aprendí de mi madre en la ciudad, siento en cambio que lo he olvidado, y tardo mucho en descifrar lo que ellos dicen.

“Señora”, escupe Namuncurá, solo para advertirle de su presencia. “¡Señor!”, responde ella en araucano, y señala con su bastón hacia el lugar donde canta la cautiva. “¿La oye? ¡Ha estado cantando así toda la noche, señor!”.

“¿Qué dice?”, pregunta Vintter a Namuncurá, con una impaciencia inconfundible: ahora que ya no mata indios, no sabe qué hacer con ellos. “Esta mujer fue mi mujer, general”, se disculpa el cacique, con la voz baja que un blanco usaría para decir: *es una loca*. “Quiso matar a mi hijo. Grita, porque desde entonces el remordimiento no la deja dormir”. Sorprendido, Vintter pasa lista a los hijos mayores de Namuncurá, esos míticos capitanejos cuya derrota se festejaba puntualmente en Buenos Aires con una botella de Veuve Clicquot, y trata de imaginar qué rencilla de salvajes pudo enfrentarlos con esta vieja enclenque y alucinada. La ciega, aunque no comprenda el español, se sabe engañada de algún modo, y avanza unos pasos, blandiendo su bastón.

“Toda la noche así, señor, zumbando sobre su cría. ¡Robándome la noche...! ¡Y aún no sé ni dónde iremos...!”.

Namuncurá la esquivo, escandalizado, como si el solo contacto físico de su esposa fuera capaz de revelar al jefe blanco una secreta debilidad suya, y entonces ella se topa con el general Vintter, le palpa inquisidoramente el pecho uniformado y lo confunde con Namuncurá: galones y alamares barrocos recruzan por igual los uniformes de jefes y subordinados. Satisfecha, afirma en el piso su bastón y con la otra

mano golpea suavemente el pecho del general, como quien llama a una puerta.

“¿Por qué la deja vengarse, mi señor?”, dice la ciega. “¿Dónde ha quedado nuestro pacto, Pie de Piedra?”. Pero dado que Vintter permanece inmóvil y solo mira sonriendo al cacique, como preguntándole qué debe hacer, ella, enardecida, empieza a bajar resueltamente la mano hacia los cojones, el comienzo de un ademán que Lorenzo Vintter no puede siquiera imaginar y que, de todos modos, la fusta de Namuncurá intercepta violentamente, y la ciega suelta el bastón y lanza un grito que provoca el alarmado cuchicheo de las esposas.

“¡Deje de joder, perra!”, grita el cacique, mirándola tambalearse como un trompo en el centro de su noche hasta que al fin logra aferrarse al parante del toldo. “¿O quiere que la vuelva a castigar?”. Ella nada dice, el dolor es demasiado intenso para permitirle la palabra, solo frunce entrecejo y párpados repitiéndose, quizás, “a mí nadie me ha castigado, señor”. Y el cacique le vuelve la espalda, como sellando otro pacto, y los dos escuderos se retiran, pues ha pasado el peligro.

Lorenzo Vintter hace rato que ha apartado la vista de la pareja, pensando quizá que el castigo de una esposa debe permanecer tan privado como el acto

de embarazarla. Y ahora, desde esa distancia científica que tanto tranquiliza al enfermo y al hombre de armas, repara en la deformidad idéntica que comba las piernas de la ciega y las de Namuncurá: si alguno de sus hijos hubiera quedado vivo y fuera chueco, se dice, no sabría si su malformación es hereditaria, y en todo caso, no sabría de cuál de sus padres la heredó. Namuncurá llega a su lado, se cuadra haciendo entrechocar los talones de sus botas y lo insta a partir, con la expresión tranquilizadora de quien por fin ha logrado poner orden. Se disponen a salir de cuadro. La ciega, que se sabe derrotada y se cree ya sola, se deja caer con la lentitud de una polvareda que se aposenta de nuevo en el camino y se sienta en el piso. No se oye nada de las otras mujeres. Solo el canto de la cautiva blanca se eleva, victorioso, *Señora Santa Ana, por qué llora el niño, por una manzana que se le ha perdido*, y de pronto el general Vintter, al oírlo, se detiene y *entiende*: el hijo de Namuncurá que quiso matar la ciega no es ninguno de aquellos capitanejos, sino el bebé de esa cautiva encerrada en su toldito, esa muchacha fronteriza a la que describirá en sus diarios calificándola de loca porque se negó furiosamente a retornar a la civilización. Un mismo horror me une a ese jefe —el castigo, supongo, de mi propia indiscreción— y salto de la banqueta dispuesto a terminar

con esta historia: tomo con los dedos el papel fotográfico de la última cubeta y lo cuelgo de la cuerda que cruza la oscuridad de mi laboratorio tal como mi madre cuelga en su patio sus últimos vestidos. Gotas de agua caen de él y se estrellan contra el piso con un sonido antiguo, y hacen subir un perfume suave y tranquilizador; es el sonido con el que siempre ha hablado el cielo, el que duerme a los niños y despierta a las semillas, y el que, en el breve período de oscuridad que debe acompañar al secado de las fotos, me susurra lentamente el final de la historia.

El mundo es agua —recuerda la india ciega, oyendo caer sus propias lágrimas sobre la tierra del desierto, ávida y reseca como la piel de un tambor—, y quien aprende a ver el agua sabe que no hay pérdida completa. Nosotros somos agua, la misma agua estancada desde el alba hasta el anochecer, y todo lo que perdemos regresa siempre en otro estado: no hay muerte en este mundo a que no siga vida alguna. Entre los araucanos de las pampas, los que pierden la vista vuelven a esa casa inconcebible que habitaba Dios antes de separar la luz de las tinieblas, antes de escindir en la luna y el sol; y son ellos, los ciegos, los únicos que pueden volver a *ver con los oídos*, y ver más allá del desierto y del cielo, de las ciudades y el mar, hasta encontrar algún silencio donde decir,

como Él el primer día: *Aquí el hombre hará su casa.* Cuando se rindió Namuncurá, cuando él pidió elegir el sitio de su derrota, las esposas susurraron a oídos de esta ciega: Quédate despierta en esta noche, hermana vieja, mientras todo araucano duerme y el blanco carcelero se calla de pesar. Sal a la intemperie, y oye hasta el final el silencio del mundo, más allá de lo que nunca ninguno de los nuestros ha podido oír; y oye también al fondo de tu sangre, allí donde aún hablan los muertos, allí donde un día estuvo Dios... Y dínos si hay algún lugar donde esta noche sea nuestra.

En tiempo de los abuelos, piensa la india, se penaba con la muerte a quien velara sin permiso en la noche del desierto, y aun a quien hablara en lugar de dormir, interfiriendo el diálogo del ciego con el inmenso vacío: era él quien decidía el rumbo a tomar al día siguiente. Y sin embargo, cuando la ciega entró en la primera noche como quien entra en su reino, y la cautiva blanca comenzó a cantar, a gritar hasta aturdira, ¿por qué nadie se atrevió a callarla? “Solo un blanco puede creer que está acunando”, pensaba la ciega, batiéndose en medio de la música como un pájaro en su jaula. “Me ha apresado en su poder, que es el envés de su mutilación, ¿y por qué nadie la mata? ¡Si canta para perdernos en la noche...! ¡Canta, y está vengándose de mí...!” . Toda pena de ciego oye

la oscuridad del tiempo, y ahora, mientras se aferra dolorosamente la mano castigada, el llanto de la ciega llora toda su historia. Ah, ¿cuándo comenzó verdaderamente la derrota? ¿Por qué se rindió su padre y la entregó a Namuncurá? ¿Por qué ella misma se rindió al cacique y le entregó seis hijos?

¿Por qué Namuncurá cedió al consejo de los curas y se rindió a Lorenzo Vintter, que festejó con brindis la muerte de los seis? ¿Por qué puso todo el futuro de la tribu en el vientre blanco de esa perra cautiva? La ciega no tiene una respuesta, pero sí una imagen que cifra todas las preguntas: es ese niño mestizo que la cautiva acuna entre sus brazos, y solo recordarlo indefenso entre sus manos la consuela. ¡Ah, aquel placer de ser la única esposa que se apiada, y de hurgar entre las piernas de la huinca, cuando ella gritaba y gritaba, a punto de parir...! ¡Ah, aquella ira de cortar el cordón a dentelladas y de alzar por fin al niño como un trofeo, como las cabezas de los indios en las bayonetas de los soldados vencedores...! ¡Y ese impulso de estrellarlo contra el suelo, como a los niños débiles, para que todos entendiesen...! Pero la perra huinca aulló a tiempo, y Namuncurá surgió desde la nada: arrancarle al niño de las manos y patear las brasas de la hoguera para que le quemaran los

ojos fue todo un mismo movimiento. Las mujeres, mientras trataban de curarla, lloraban y maldecían, como dispuestas a rebelarse, pero ella decía: No es un castigo, ahora veré, todos verán.

Pero si vieron, piensa ahora, escuchando el canto de la blanca como una humillación, ¿por qué me dejan sola? ¿Y por qué él dijo que me castigó?

La mañana avanza con su pomposa ventolera y sus ruidos menudos, ese lenguaje tan pobre que parece cifrar nuestra más íntima pobreza. Suena el clarín convocando a seguir viaje, y lentamente, con esa lasitud culposa de quien carece, por primera vez, de obligaciones domésticas, las mujeres salen del toldo rumbo a la carpa donde los soldados reparten el mate cocido. Cada una con su jarro de lata, prefiguran sin saberlo a sus propios nietos que, ya abandonada la reservación, se echarán a mendigar por las ciudades de la Patagonia conquistada. Nunca han parecido tan hermanas, y fingen unánimemente no escuchar ni a la cautiva blanca que parece presa de su propia obstinación y sigue cantando hasta mucho más tarde que las demás mañanas, ni a la ciega que llora con los ojos cerrados, temerosa de que alguna le pregunte si ha logrado vislumbrar *adónde iremos* y avergonzada de tener que responder: *Tampoco hoy, tampoco hoy.*

Como tras cada noche de vigilia inútil, la ciega siente en cada hueso que un infinito cansancio la disuelve, pero intuye que la batalla aún no ha terminado, y trata de mantenerse en guardia hasta que la cautiva deje de cantar. Ya es pleno día: lo percibe en el calor que le desentumece las manos y convierte poco a poco el poncho en una manta viva. Entre los araucanos de las pampas, cantar siempre tiene una función precisa: honrar al tótem, contar memorias, incitar al combate; pero ¿quién —se pregunta la ciega—, quién podría decirle para qué sigue cantando la cautiva ahora que también su niño debería despertar...? *La Virgen se está peinando entre cortina y cortina, los cabellos son de oro, el peine de plata fina.* Al principio, la ciega supone que la otra solo canta para proclamar ante los demás que también esta noche la ha vencido. Pero de pronto, cuando percibe que se ha quedado a solas con su enemiga, comprende que ha de existir algún motivo nuevo y, alertada por el peligro, se interna desafiante y cauta en el canto de la otra, va perdiéndose en él entre vaivén y vaivén de la voz enronquecida, y una misma actividad la hermana con el niño que ha querido matar. Sin percibirlo, así, la ciega misma se duerme una, dos, tres veces y, como acicateada, despierta una, dos, tres veces también, diciéndose incomprensiblemente que si en verdad

ahora se perdiera su pueblo ya no sabría adónde ir. Pero es muy difícil volver a la vigilia cuando esta es solo oscuridad, y un implacable sopor se esfuerza por derrumbarle la conciencia. En los arduos días de la guerra, el terror de los blancos no la dejaba dormir: ahora, en la noche de la otra, no puede concebir peor terror que el de dormirse.

Si pudiera hablar, pedir auxilio, diría que una marejada de canto la arrastra implacablemente hacia el centro del río, o que se halla presa en una telaraña hecha de voz y de vaivén... y la imagen de una araña blanca que espera al fondo de este sueño casi la despierta para siempre. Hasta que al fin, cuando su noche se vuelve igual a la casa adonde Dios mismo ya nunca volverá, y esa casa se puebla solo de ese canto incomprensible, la cautiva calla, y la ciega oye, como solo oyen los ciegos, hasta el fondo del corazón de su enemiga, y bajo sus pies se abre un vacío, un silencio tan profundo que nadie puede nombrarlo. Manotea torpemente, igual que cuando aprendía a volver a caminar y temía estrellarse contra el suelo, comprendiendo que fue *para esto* que la cautiva se quedó entre los indios, pero de nada le sirve. “¡Mama...!”, dice por fin, sintiendo que la invade una alegría feroz: la alegría de volver a la patria después de un largo exilio, la alegría de una imagen que se libera de los

marcos fúnebres de una fotografía, y oye a un tiempo la tierra de los muertos, y el corazón de los suyos... y allá lejos, al fondo del futuro, me oye también a mí. Espantado, me digo que quizá la noche que buscaban, ese silencio, ese vacío, ese papel en blanco, soy yo: siento que una mano invisible me alza para que me vean los muertos, dispuesta a estrellarme contra el suelo, el mismo suelo en que fueron derrotados. Pero me aferro ridículamente a la banqueta y me pongo en pie de un salto, con la implacable pericia de quien detiene, fotografiando, el movimiento de una vida. Entonces me froto los ojos, me digo por primera vez que dejaré de trabajar en esto, en este encierro, en esta locura, y me dispongo a archivar la imagen de hoy.

Me cuesta reconocer el espacio del laboratorio a oscuras, y tanteo torpemente, con los brazos extendidos, en busca del interruptor de la luz. Durante un rato, sigue sonando en mi cabeza la canción de cuna de la cautiva, pero la acallo pateando maquinalmente el piso, haciendo volar el polvo que algún día fue señores y señoras. Hago la luz con un ruido demasiado parecido al del obturador como para que no me tranquilice, la luz que a estas horas está inundando las calles de Buenos Aires, la luz que hoy la ciencia hace llegar desde la Araucanía. De la cuerda

en la que cuelga la foto casi seca, como de la colada que mi madre ha tendido en la ciudad, caen aún unas últimas gotas de agua, gotas que me servirían para cerrar un artículo si me decidiera a reseñar esta experiencia y si pudiera compararlas con el llanto. Pero me acerco, recuerdo que el día termina y ella me espera para una de nuestras últimas cenas, y el escaso líquido que resbala de la foto es como una vida que se va. La desabrocho, empuño el secador de pelo como quien empuña un Remington, y mientras dirijo al papel el chorro de aire caliente apenas si reconozco la imagen, como si viniera desde lo más profundo, pero también de lo más lejano de mi propia memoria. El desierto, las tolдерías, la bandera argentina, la sombra del fotógrafo que podría ser la mía si no fuera por el típico sombrerito de explorador.

Salvo la india, me digo, mirando hasta el fondo el toldo de las esposas. Salvo la ciega, que ya no está.

Un desierto muy poblado

por Jorgelina Núñez

La idea del desierto se asocia de manera casi automática a la del vacío: un territorio inmenso, de límites difusos, carente de casi todo, pero de una enorme potencia a la hora de convocar imágenes y representaciones. A medida que su presencia se detalla —en la literatura, pero también en informes de naturalistas, ensayos, libros científicos, leyes, partes militares, entre otros archivos—, llama la atención la ausencia de las mujeres, salvo de aquellas cuya condición de víctimas las elevó al rango de heroínas: las cautivas. En términos generales, es escasa la información que merecieron las habitantes de Tierra Adentro en el siglo XIX.

¿Cómo se las consideró? Fuera del apetito sexual, ¿recibieron el interés de la mirada masculina o formaban parte del paisaje junto con otros seres vivos? ¿Conocieron la solidaridad y/o la inquina de las otras mujeres? ¿Fueron clasificadas, usadas, explotadas? ¿Tuvieron voz? ¿Se las escuchó?

El coronel Mansilla, que se jactaba de conocer palmo a palmo el terreno donde habitaban los indios ranqueles (“no hay un arroyo, no hay un manantial, no hay una laguna, no hay un monte, no hay un médano donde no haya estado personalmente para determinar yo mismo su posición aproximada y hacerme baquiano”), no les concedió un lugar especial dentro de las 66 cartas dirigidas a su amigo Santiago Arcos, en las que narró su experiencia como comandante de fronteras y que publicó periódicamente en el diario *La Tribuna*. Inquisidor atento de cuanto lo rodeaba, los pasajes que describen la situación de las mujeres entre los ranqueles no provienen de su observación, sino de las propias palabras indígenas. ¿Acaso tampoco Mansilla les dirigió la mirada y fue su oído el que tradujo la información en conocimiento etnográfico?

Leopoldo Brizuela, por su parte, fue un lector exquisito de la literatura escrita por mujeres, a las que en varias ocasiones rescató del olvido para devolverles el lugar que con justicia merecían, sin restarles un ápice de su complejidad. Le dio carnadura de ficción a un episodio de indias y cautivas en el cuento que incluimos aquí, cuya historia se pliega y se repliega, como si en el desierto la linealidad solo pudiera pensarse como dispersos puntos en fuga.

Un militar de excursión

Sobrino de Juan Manuel de Rosas, Lucio V. Mansilla conoció la aventura antes que la disciplina. No había cumplido 20 años cuando recorrió Egipto, Constantinopla, París, Roma, Londres y Escocia. La caída del gobierno de Rosas lo hizo retornar a Buenos Aires, pero pronto volvió a partir a Europa en el mismo barco que llevaba a Sarmiento a Brasil. Su vocación literaria despuntaba ya en esa época en el diario donde narraba sus viajes y en la publicación en la prensa de uno de sus recuerdos de aquel periplo: “De Adén a Suez”. De regreso, devenido inesperado periodista, dirigió en Santa Fe el diario *El Chaco* y después, en Buenos Aires, *La Paz*. También redactó el periódico oficial de la Confederación, *El Nacional Argentino*, y fue corresponsal de *La Tribuna* y *El Nacional*, diarios porteños que cubrían la Convención Constituyente de 1853. Desde la prensa escrita no perdía oportunidad de discutir con Sarmiento, a quien lo unía una idéntica pasión por la polémica. A los 30 años ingresó en el Ejército con el grado de capitán, mientras traducía y redactaba textos relativos al desempeño militar, y también obras de teatro que fueron puestas en escena. Participó en la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay y desde allí promovió la candidatura presidencial de Sarmiento, con quien mantenía

una relación conflictiva. Mansilla soñaba con ser su ministro de Guerra, pero aquel, siendo presidente, lo designó comandante de las fronteras de Córdoba, San Luis y Mendoza con el objetivo de apaciguar el territorio del ataque frecuente de los malones y, a la vez, extender las fronteras. Poco después, lo ascendió a coronel. Es probable que pronto se arrepintiera de esas designaciones al ver la independencia con la que Mansilla se manejaba en el trato con los indios. Lo cierto es que el trabajo del coronel fue eficaz. En enero de 1870 consiguió firmar un tratado de paz entre el gobierno nacional y las tribus ranquelinas, que Sarmiento aprobó después de introducir importantes cambios relativos a la venta de tierras pertenecientes a los indígenas. Para dar cuenta de ellos ante los caciques Mariano Rosas (cuyo nombre era Panghitruz Güor, “zorro cazador de pumas”), Baigorrita (Manuel Baigorria Guala) y Ramón Cabral (“el Platero”), con los cuales se había comprometido, Mansilla partió rumbo a Leuvucó. Volvió dieciocho días más tarde, feliz de haber cumplido con sus propósitos, pero ignorando que su situación y la de la política nacional cambiarían drásticamente. En junio Sarmiento lo destituyó de su cargo en la comandancia de fronteras por no haber comunicado oportunamente la decisión de fusilar al soldado desertor Acosta (una

atribución prevista en el código militar). Por otro lado, tras el asesinato de Justo José de Urquiza, el presidente dispuso la intervención de Entre Ríos, lo que desató un conflicto entre el Estado nacional y la provincia. Como consecuencia, el tratado pasó a ocupar un lugar secundario dentro de las preocupaciones nacionales, no fue ratificado por el Congreso y quedó sin efecto al año siguiente.

Una excursión a los indios ranqueles se publicó en el periódico porteño *La Tribuna* entre mayo y septiembre de 1870. Es, a todas luces, un fascinante texto fronterizo, que no termina de encajar en ningún género, pues participa de varios a la vez. De allí se desprende, en parte, su vigencia y su singular atractivo. Escrito como si fuera una correspondencia, se advierte que el epistolar no fue más que un recurso retórico: las cartas nunca fueron enviadas a Santiago Arcos y, por lo tanto, este nunca las respondió. Al mismo tiempo se trata de un relato testimonial, una crónica, cuya publicación periódica, folletinesca, llevó más tiempo que la propia excursión. Es, también, un amplio informe etnográfico y un detallado relevamiento topográfico. El dinamismo en las acciones narradas admite que se lo lea como una novela de aventuras y, más allá de lo anecdótico, su carácter reflexivo también lo inclina hacia el ensayo.

La denominación —excursión— tampoco es casual. Destaca la posición excéntrica de su autor, que no se sumaba al afán conquistador propio de los militares y tampoco consideraba su empresa una expedición o una campaña. A diferencia de lo ocurrido pocos años después con la Conquista del Desierto comandada por Julio Argentino Roca, que buscó ampliar el territorio acorralando, sometiendo y masacrando a las poblaciones indígenas que lo habitaban, a Mansilla lo impulsaban tanto sus aspiraciones como la curiosidad y el deseo de saber (“ver con mis propios ojos ese mundo que llaman Tierra Adentro, para estudiar sus usos y costumbres, sus necesidades, sus ideas, su religión, su lengua, e inspeccionar yo mismo el terreno por donde alguna vez quizá tendrán que marchar las fuerzas que están bajo mis órdenes”); una forma muy personal de construir su carrera... y su estilo. Entendía prioritario conocer las costumbres de los aborígenes para entablar un diálogo con sus caciques que facilitara una negociación en la que se ponían en juego tierras, animales y bienes que incluían un buen número de cautivas.

Esta manera de encarar la cuestión indígena no fue la única discrepancia entre el coronel y el presidente. En distintos pasajes de su *Excursión...*, Mansilla refutó no solo las tesis centrales de *Facundo*, el célebre

libro de Sarmiento, en relación con la dicotomía entre civilización y barbarie, sino también en cuanto a la apreciación del paisaje como desierto y de los indios como salvajes. Respecto del primero, desmintió la idea de un espacio despoblado y carente de atractivos, y en cuanto a los segundos, valoró, entre otras virtudes, la humanidad en el trato con los animales y las maneras educadas de los caciques, al tiempo que celebraba algunas costumbres “bárbaras” como dormir a la intemperie, bajo las estrellas.

Mansilla construyó una intimidad con el espacio, con el que se familiarizó y donde se sentía a gusto, intimidad que no se replicó de la misma manera con sus habitantes. Si por momentos fluía la camaradería entre ellos, jamás dejó de lado la cautela y cierta distancia respetuosa que le permitía analizar las costumbres de los indígenas y reflexionar sobre ellas.

¿Y qué ocurría respecto de las mujeres? Nunca sabremos si por pudor o porque las consideraba seres inferiores, Mansilla no observó a las indias de manera directa. Lo que alcanzó a saber de ellas le llegó por boca de dos indígenas “ilustrados”: Mariano Rosas, quien le proveyó “sus lecciones ranquelinas”, en un caso, y su comadre Carmen, en el otro. Ambos actuaron como intérpretes, intermediarios en la clasificación y definición de los rasgos que distinguían a

la mujer soltera de la casada, y a esta, de la viuda. Y lo mismo ocurría con la china (la mujer principal del indio) y las cautivas, cuya posición era relativa y se establecía según la antigüedad o la preferencia de caciques y capitanejos.

Al describir la situación de las mujeres en las tolderías, el coronel infiere, compara, asocia y concluye según su propio criterio y experiencia. Así, se divierte estableciendo algunas analogías extravagantes:

En lengua araucana, el acto de penetrar en un toldo a deshoras de la noche se llama *cancanear*, y *cancán* equivale a seducción.

Los filósofos franceses pueden averiguar si estos vocablos se los han tomado los indios a los galos o estos a los indios.

Yo solo sé decir que es muy curioso que entre indios y franceses *cancanear* y *cancán* respondan a ideas que se relacionan con Cupido y sus tentaciones.

Con las cautivas blancas, en cambio, y gracias a la comunidad del idioma, Mansilla intentó algún intercambio. Lo movía la piedad por su condición ("los primeros tiempos que pasan entre los bárbaros son una verdadera *vía crucis* de mortificaciones y dolores. Deben lavar, cocinar, cortar leña en el bosque con las manos, hacer corrales, domar los potros, cuidar

los ganados y servir de instrumento para los placeres brutales de la concupiscencia”) y también la perplejidad cuando se encontraba con algunas que preferían permanecer entre los indios antes que volver a sus casas (“Una cautiva a quien yo le averiguaba su vida, preguntándole cómo le iba me contestó: ‘Antes, cuando el indio me quería, me iba muy mal, porque las demás mujeres y las chinas me mortificaban mucho, en el monte me agarraban entre todas y me pegaban. Ahora que ya el indio no me quiere, me va muy bien, todas son muy amigas mías’”). La curiosidad respecto de la convivencia entre esos dos mundos distantes se hacía extensiva hacia los indios. Mansilla le pregunta a uno: “¿Qué te gusta más, una china o una cristiana?”. Y este le contesta que le gustaban más las cristianas porque “ese cristiana, más blanco, más alto, más pelo fino, ese cristiana más lindo...”.

Una última observación respecto del lenguaje. Mansilla destaca en Carmen la fluidez en el uso del castellano y el caudal de expresiones con las que manifestaba sus sentimientos e ideas. Como muestra, baste este ejemplo. A propósito de la creencia de los indígenas en Gualicho (el demonio), el texto consigna una poética —casi borgeana— enumeración, cuya autoría no se sabe si pertenece a Carmen o es del propio Mansilla:

Gualicho está en la laguna cuyas aguas son malsanas, en la fruta y en la yerba venenosa; en la punta de la lanza que mata; en el cañón de la pistola que intimida; en las tinieblas de la noche pavorosa; en el reloj que indica las horas, en la aguja de marear que marca el norte; en una palabra, en todo lo que es incomprensible y misterioso.

A primera vista y comparado con el estilo del coronel, más sobrio y cercano al de la crónica, el párrafo sobresale por su musicalidad y su carácter metafórico (la brújula concebida como “la aguja de marear que marca el norte”). Si estas palabras brotaron de la india Carmen, ¿cómo se planta un militar ante una “salvaje” que habla en esos términos? ¿A qué futuro sería capaz de condenarla? ¿Le cabe la reducción a servidumbre, el aislamiento, el exterminio?

Del lado de la derrota

“Revelación”, el cuento de Leopoldo Brizuela incluido en su libro *Los que llegamos más lejos* (2002), parece construirse en torno de este párrafo de Mansilla:

Las cautivas nuevas, viejas o jóvenes, feas o bonitas, tienen que sufrir no solo las asechanzas de los indios, sino, lo que es peor aún, el odio y las intrigas de las cautivas que les han precedido, el odio

y las intrigas de las mujeres del dueño de casa, el odio de las chinas sirvientas y agregadas. Mientras dura el temor de que la recién llegada conquiste el amor o el favor del indio, la persecución no cesa.

Brizuela parte de hechos reales y lleva al terreno de la ficción un posible, aunque improbable, episodio. En este relato tanto la acción como los protagonistas aparecen desplazados respecto de lo que se narra en *Una excursión a los indios ranqueles*. “Revelación” se deja leer como una suerte de coda de aquel texto, un cierre en el que lo que prevalece es el desánimo de la derrota. Ya no estamos en presencia de una excursión sino de una exclusión: el escenario es el mismo —el desierto— pero la toltería que se ve obligada a trasladarse, empujada por el ejército, no es el ámbito donde se desarrolla la vida libre de los indígenas, sino donde esta languidece y muere: “esta ciudad de cuero y caña que los indios levantan, desde hace siglos, cada día un poco más allá, ha sido convertida en una cárcel peregrina”.

Tampoco se trata del mismo pueblo: los ranqueles no eran de origen mapuche o araucano (según la denominación española), sin embargo, *ranquel* es una adaptación al castellano de la palabra mapuche *rangkül-che*: “pueblo de las cañas”. Se relacionaron con otros pueblos que los españoles llamaban pampas

o patagones y adoptaron la lengua y parte de la cultura de los mapuches.

Mansilla no conoció a Manuel Namuncurá, que sí tuvo relación con su tío Juan Manuel de Rosas, con quien firmó tratados de paz y negoció ganados y cautivas. El cacique comandó un gran número de indios y, en su trato con los blancos, hasta llegó a jurar por la Constitución de 1853. Pero resistió ferozmente los ataques ordenados por la política de Roca y su Campaña del Desierto. Acorralado, intentó gestionar una paz que le fue negada y se vio obligado a rendirse en 1884. A cambio, se le otorgó el grado de coronel del Ejército argentino (la penosa imagen de Namuncurá vistiendo el uniforme roza el patetismo) y tierras en la provincia de Neuquén, donde finalmente se asentó su menguada tribu. Con la cautiva chilena Rosario Burgos, Namuncurá tuvo a su último hijo, Ceferino, consagrado con el tiempo como un santo popular, y de quien Brizuela incluye un conmovedor retrato en el mismo volumen, titulado “Pequeño Pie de Piedra”.

“Revelación” pone en juego una temporalidad compleja: el narrador, que habla en primera persona, es un fotógrafo a quien se le ha encargado organizar “el archivo polvoriento del Museo de La Plata”; no es contemporáneo de nuestros días, pero tampoco de los hechos que narra. El tiempo que le toma el

revelado de una fotografía —el paso del papel de una a otra batea con los líquidos correspondientes— lo hace detenerse y cerrar los ojos. En esa oscuridad, la imagen revelada desata su imaginación. Como en una película, los personajes cobran vida y movimiento, aunque lo que se destaca son sus voces: la de la india vieja y ciega que protesta por el canto de la cautiva, la del centinela que quiere hacerla callar, la de la madre que acuna a su hijo con canciones desconocidas para los indígenas, pero familiares para los lectores. Y en otra torsión del tiempo, el relato anticipa el futuro porque el bebé mestizo que la cautiva acuna no es otro más que Ceferino, el hijo santo que será llevado ante el Papa en el Vaticano y que —sabemos nosotros— morirá allí de tuberculosis siendo todavía un adolescente. Ceferino, el niño que la india vieja ha querido matar recién nacido. Ceferino, otra imagen del sometimiento indígena a la cultura occidental.

Un mismo término cobija ambas situaciones: el revelado de la fotografía asume la “revelación” de la historia. Con dramatismo y belleza, la literatura recupera aquello que la historia ha barrido: la presencia de los pueblos originarios —y la de sus mujeres— en la conformación de la identidad nacional.

La idea del desierto se asocia de manera casi automática a la del vacío: un territorio inmenso, de límites difusos, carente de casi todo, pero de una enorme potencia a la hora de convocar imágenes y representaciones. A medida que ellas se detallan —en la literatura, pero también en informes de naturalistas, ensayos, libros científicos, leyes, partes militares, entre otros archivos—, se hace notoria la ausencia de las mujeres, salvo de aquellas cuya condición de víctimas las elevó al rango de heroínas: las cautivas. En términos generales, es escasa la información que merecieron las mujeres habitantes de Tierra Adentro en el siglo XIX.

¿Cómo se las consideró? ¿Fueron objeto privilegiado de la mirada masculina o formaban parte del paisaje junto con otros seres vivos? ¿Conocieron la solidaridad y/o la inquina de las otras mujeres? ¿Fueron clasificadas, usadas, explotadas? ¿Tuvieron voz? ¿Fueron escuchadas?

Lucio V. Mansilla aborda de manera indirecta esta cuestión que pasa a primer plano en el cuento de Leopoldo Brizuela y arroja una nueva luz sobre un aspecto soslayado de nuestra historia.